

Reflexiones sobre un manual

Judith Podlubne
(UNR-CONICET)

(Sobre Dalmaroni, Miguel (Director). *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe, 2009.

El acelerado desarrollo que tuvieron los estudios de posgrado en nuestro país, a partir de la segunda mitad de los años noventa, motivó la publicación de una abundante bibliografía sobre temas relativos a la metodología de la investigación universitaria en el ámbito general de las ciencias sociales. Con distintos propósitos y alcances, estos textos presentaron una amplia serie de cuestiones diversas que se extendieron entre el planteo de un marco epistemológico específico para las diferentes disciplinas, las reflexiones teórico-críticas sobre el oficio y las prácticas investigativas y la clasificación y caracterización de los géneros discursivos propios de la actividad académica. El mayor incremento bibliográfico se registró, de modo evidente, en los estudios dedicados a describir y analizar, desde una perspectiva pragmático-discursiva, las tipologías propias de la comunicación universitaria. Proliferaron variantes locales del conocido manual de Umberto Eco, así como también trabajos, en ocasiones, de calidad y utilidad probada, centrados en géneros relacionados con la escritura de grado. En líneas generales, estos estudios brindaron explicaciones, atinadas y de inmediata aplicación a la enseñanza, sobre cómo hacer una tesis, una monografía, un informe de lectura, una reseña bibliográfica, el resumen de un artículo. Salvo contadas excepciones, la mayoría presentó

una visión instrumental, escuálida, de la escritura, que reprodujo las determinaciones propias de la lógica discursiva y simplificó el problema central de la investigación en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades. Una obstinada “resistencia a la teoría”, que se manifestó una vez más como la dificultad para aceptar que el lenguaje se encuentra atravesado por factores y funciones que desbordan el intercambio comunicativo y lo protegen de quedar reducido a un metalenguaje, derivó, de manera previsible, en consecuencias empobrecedoras. La atención excluyente que estos estudios dirigieron hacia los procedimientos y técnicas formales, hacia las convenciones retóricas y los protocolos institucionales de la práctica profesional obtuvo la discusión en torno a las demandas y exigencias fundamentalmente *críticas* que impulsan la escritura en esas áreas. Olvidar, preferir olvidar, que la forma de una investigación literaria, filosófica, artística –el “*cómo* de la exposición”, para Adorno– es el resultado de la tensión que el pensamiento crítico experimenta ante las prescripciones académicas y los géneros establecidos revela un impulso denegatorio interesado en reimponer la primacía de un saber que ignora su condición de lenguaje. Sólo la naturaleza reflexiva de la enunciación crítica, el ejercicio de cuestionamiento al que ella somete las certezas y valores en que se funda la legibilidad del conocimiento y su administración burocrática, mantiene activa la inestabilidad propia de un pensamiento cuya única condición de existencia es la escritura.

La investigación literaria. Problemas de una práctica, el libro que dirigió Miguel Dalmaroni y publicó la pujante editorial de la Universidad Nacional del Litoral el año pasado, define desde el comienzo una enunciación paradójica, abierta y categórica a la vez, dispuesta a volver sobre sí para interrogar la eficacia y el sentido de sus enunciados y convencida de que la respuesta a estos interrogantes confiere a sus afirmaciones una firmeza y una densidad renovadas. Se trata de una modalidad enunciativa que singulariza el estilo crítico de Dalmaroni, que distingue sus libros y ensayos anteriores, y que obtiene su potencia argumentativa de lo que él mismo caracteriza como “...una crítica razonada, (...) que sabe sus condiciones de producción, e ironiza sobre sí misma todo el tiempo (...)”¹. La “Introducción” del volumen, que jun-

¹ En Louis, Annick: “Entrevista con Miguel Dalmaroni. Para una crítica literaria de

to con la “Primera Parte”, la presentación de la “Segunda” y el “Anexo” final integra las secciones a su cargo, se inicia con la advertencia de un riesgo en cierto sentido complementario del que supone la denegación de la teoría en los manuales de metodología. Tanto o quizás más controvertida (y de consecuencias más improductivas y frustrantes, para quienes desean iniciarse en esta profesión) que la sobreestimación discursiva de las técnicas y procedimientos propios de la investigación es el “menosprecio intelectual” que suele recaer sobre estos conocimientos instrumentales. Subestimados como saberes banales por muchos miembros de la propia comunidad académica e intelectual, advierte Dalmaroni, se desatiende o se desprecia la relevancia pragmática y estratégica que poseen, aún cuando esta relevancia resulta ratificada por el dato obvio y evidente de que la mayoría de quienes califican proyectos de investigación que se someten a evaluación institucional apelan entre otros a esos saberes para establecer elementos de juicios. “...el temor a la banalidad –concluye– forma parte de condiciones ideológicas de la enunciación y de las prácticas intelectuales de los universitarios –un componente de lo solemos llamar pedantería– que más nos valdría vapulear con espíritu autoirónico” (p. 8). La autoironía, que no se confunde con una variante derivada de lo que él caracteriza como “la compulsión por el humor ligero y dudoso”, define el modo en que su exposición afirma *a la vez* la necesidad y la insuficiencia de estos saberes. Los efectos de esta doble afirmación se proyectan a lo largo del volumen en direcciones distintas aunque relacionadas de modo indisoluble.

“La investigación –afirma Barthes, refiriéndose al dominio tradicional de las artes y las letras– es el nombre prudente que, bajo la violencia de determinadas condiciones sociales, damos al trabajo de escritura: la investigación está de parte de la escritura, es una aventura del signifiante, un exceso de canje...”² La cita, que podría proponerse como un epígrafe general de *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*, condensa el sentido de las convicciones que se desarrollan en uno de sus párrafos más programáticos. Bajo un tí-

la cultura”. *El hilo de la fábula. Revista del Centro de Estudios Comparados. Facultad de Humanidades y Ciencias.*, Año 5, Nro. 6, 2006, p. 172.

² Barthes, Roland: “Escritores, intelectuales y profesores”, *¿Por dónde empezar?*, Barcelona, Tusquets Editores, 1974, p. 91.

tulo de inspiración barthesiana, “La investigación es una moral”, este apartado enuncia una posición concluyente, cuyos argumentos refuerzan, y prolongan más allá del área específica, el valor de la doble afirmación que impulsa toda la intervención de Dalmaroni. Con una precisión incontrastable, el párrafo especifica los dos momentos claves de esta afirmación. *Un primer momento, de tono taxativo y polémico*: la investigación académica “es una profesión social definida por una serie de valores y creencias que hacen a la vez de criterios de evaluación de las prácticas de los investigadores, y de normas al menos formal de convivencia profesional.” (p. 13) Esos valores participan, según se especifica, de una concepción secular y moderna de la comunicación libre y pueden resumirse en tres nociones estrechamente conectadas: “comunidad, publicidad y comunicabilidad universal”. La discusión desborda en este punto el ámbito de la investigación literaria y remite al debate más amplio que enfrenta la comunidad científica argentina en los últimos años. La idea se postula contra la concepción parcial y discutible del conocimiento y de lo que debe considerarse, y no, una investigación académica, que defienden los investigadores en ciencias naturales, exactas y disciplinas afines, de cuyas decisiones depende mayoritariamente el desarrollo de las ciencias humanas, sociales y culturales en nuestro país. *Un segundo momento, de firme enunciación crítica, concerniente al ámbito específico*: Los investigadores dedicados al arte, la literatura y la filosofía, o a la cultura en general, se ocupan a menudo de prácticas “en diversos grados ajenas a los regímenes de la comunicación y de los intercambios y a las economías de provecho y la utilidad”. Esto determina que cualquier ética intelectual que derive del contacto con esas prácticas establezca “una relación conflictiva, disimétrica o tensa con los valores de una actividad como la investigación...” (p. 14). La enorme eficacia y utilidad que tiene este libro –una eficacia que lo distingue del resto de la bibliografía metodológica sobre el tema y lo vuelve imprescindible no sólo para quienes aspiran a iniciar una investigación sino también para sus directores– resulta de haber sabido plantear y sostener esta tensión, el “exceso de canje” del que habla Barthes, como constitutiva de las propias disciplinas, del modo en el que ellas proceden y se desarrollan. Incluso en la “Primera Parte” del libro, en la que la atención directa sobre esta disimetría se encuentra prudentemente diferida, en tanto se trata de una sección

dedicada a presentar una guía para la elaboración de un proyecto de investigación, incluso allí, los efectos de ese exceso gravitan de modo oblicuo.

Titulada “El proyecto de investigación”, esta Primera Parte retoma, reelabora y amplía las ya míticas “Notas” que Dalmaroni escribió para sus alumnos de la cátedra de Metodología de la investigación literaria en la Universidad Nacional de La Plata, durante los años noventa y que, a fines de la década, circularon, con entusiasmo diligente y voraz, entre estudiantes y tesis de otras universidades del país. Creo que no exagero si digo que *todos* los graduados de la Universidad Nacional de Rosario que comenzaron sus carreras de posgrado en literatura (e incluso también varios, en áreas afines) durante la primera mitad de la década del 2000 encontraron en esos apuntes una orientación única e indispensable para plantear sus temas y confeccionar sus proyectos. Como aquellas notas, esta sección del libro está escrita con una notable inteligencia pedagógica y un persistente ánimo político. Enseñar a planificar y formular un proyecto de investigación es, para Dalmaroni, menos una tarea formal, puramente metodológica e instrumental, que la respuesta a una responsabilidad institucional y a una demanda ética, íntimamente vinculadas. Se trata tanto de explicitar y difundir los criterios y presupuestos, de diversa índole, que se han legitimado y vuelto preferibles entre quienes regulan el acceso y la administración de la investigación científica en nuestro país, como de reflexionar y discutir sobre los alcances y los límites de estos criterios y presupuestos. No se logra el efecto de “transparencia institucional” y “democratización profesional” que libro consigue si no se está dispuesto, además, a interrogar y cuestionar el carácter prescriptivo de los criterios que se enseñan y difunden. “El proyecto de investigación –afirma Dalmaroni– es un *género* discursivo [...] en el que las instituciones académicas codifican, de modo no siempre explícito, algunas operaciones, prácticas intelectuales y de escritura; supone y a la vez es el espacio de ejercicio de una serie abierta de *normas*, valores y creencias epistemológicos, teóricos, metodológicos, retóricos y procedimentales que resulta inevitable problematizar cada vez que se reflexiona sobre ellos.” (p. 19) El enunciado incorpora a la propia definición del género (quiero decir, a la definición que el propio Dalmaroni elabora y postula) el vínculo conflictivo que es ineludible mantener con esas normas

cuando se las transmite y reproduce, para evitar que ellas se cierren sobre sí mismas y se consoliden, por medio de la reproducción devota e inapelable, en una jerga rígida, dogmática y autoritaria. Congruente con esa definición, toda esta “Primera Parte” proporciona, junto a una serie detallada, inteligente y sumamente provechosa, de sugerencias, proposiciones y consejos acerca de la retórica del género, la planificación del proyecto y el desarrollo de cada uno de los apartados que lo conforman (desde el correspondiente al Tema o Título hasta el del Director y lugar de trabajo), distintas observaciones y valoraciones críticas que advierten sobre el carácter problemático, y a veces hasta inconveniente, que presentan algunas de las proposiciones que definen el proyecto de investigación. Entre los ejemplos más ilustrativos en este sentido hay que contar, además de las reflexiones sobre el método que ya había anticipado, las objeciones que presenta a lo que califica como la “defectuosa fórmula ‘Marco Teórico’” o los señalamientos que realiza sobre la decisión de ordenar el apartado Bibliografía según las distintas concepciones teóricas e ideológicas comprometidas en la idea de “Fuentes” o “Corpus.”

La “Segunda Parte” –“la zona propiamente crítica”, como anuncia la introducción del volumen– es una apuesta colectiva en favor de lo que el libro denomina el campo *clásico* del vasto y enmarañado territorio de los “estudios literarios”. Los capítulos centrales están a cargo de cinco colaboradoras invitadas, al igual que el director del volumen, investigadoras de CONICET y docentes reconocidas de diferentes universidades nacionales: Gloria Chicote y Mercedes Rodríguez Temperley, de la Universidad Nacional de La Plata, Ana Lía Gabrieloni, de la Universidad Nacional de Rosario, Rossana Nofal, de la Universidad Nacional de Tucumán, y Analía Gerbaudo, de la Universidad Nacional del Litoral. Cada capítulo presenta una completa y rigurosa introducción a los problemas y recorridos metodológicos que orientan la investigación literaria en las distintas áreas inter y transdisciplinarias en las que las autoras se especializan. El propósito inicial de estas secciones es mostrar cómo operan las propuestas y postulaciones generales del libro en las distintas especialidades seleccionadas. La intención es que el lector encuentre en ellas la información necesaria acerca de qué y cómo se investiga en estos campos. El resultado excede ese propósito de un modo considerable: la perspicacia creativa y la capa-

cidad analítica con que cada autora construye el estado de la cuestión en la que está trabajando convierten a estos capítulos en un material de consulta ineludible para quienes se interesen en sus temas. Con una solvencia y una seriedad destacables, Gloria Chicote se ocupa de las relaciones entre literatura y culturas populares y Mercedes Rodríguez Temperley sitúa el recorrido que define los estudios de crítica textual. Ana Lía Gabrielsoni compone un panorama erudito de las vinculaciones históricas entre literatura y artes visuales, un campo de escaso desarrollo en nuestro país, y Rossana Noffal analiza el impulso creciente que tuvieron las articulaciones entre literatura, memoria y testimonio en las últimas décadas. Por último, Analía Gerbaudo se centra, con inteligencia reflexiva, en el problema de la enseñanza de literatura, un problema desplazado del foco de intereses principales de la crítica hegemónica en Argentina, al que el libro presta particular atención. Todas las secciones observan la misma estructura: comienzan con una descripción del campo, reseñan dos investigaciones consideradas ejemplares y ofrecen un detalle de las principales publicaciones académicas en el área. Además de favorecer el muestreo general y la claridad expositiva, esta diagramación acentúa el carácter constructivo y selectivo que orienta la descripción del estado de la cuestión en cada campo. Sobre las consecuencias y la importancia decisiva que se tienen las operaciones de recorte y delimitación en el curso de una investigación se extiende el capítulo inicial de esta segunda parte del volumen.

En este capítulo, “Discusiones preliminares: el campo clásico y el corpus”, Dalmaroni insiste sobre cuestiones que había planteado y desarrollado en el ensayo “Historia literaria y corpus crítico (aproximaciones williamsianas y un caso argentino)”³, su intervención en una de las polémicas más interesantes y productivas que sostuvo la crítica literaria argentina de los últimos años. Me refiero a la que se desencadenó con la problematización del concepto de *corpus*, a partir de la lectura crítica de algunas investigaciones literarias, y se proyectó (y se sigue proyectando) mucho más allá, en las reflexiones e interrogantes sobre de los límites de la literatura. Resulta insoslayable tener presente este contexto de interlocución para apreciar la agudísima respuesta que el

³ En *Boletín/12* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario, Diciembre de 2005, p. 109-128.

libro propone a estos interrogantes. Luego de analizar los diferentes motivos (sociológicos, institucionales y profesionales) que avalan la conveniencia y el interés en seguir hablando de “estudios literarios” o de “crítica literaria”, Dalmaroni puntualiza la convicción teórica que sustenta su posición y la apuesta general del libro: la idea (que él lee en Barthes, en Blanchot, en Badiou, pero también en Williams y en Bourdieu) de que la literatura nombra una forma de la experiencia, irreductible al discurso de la cultura y las ideologías. Su insistencia en la configuración inestable, relativa y siempre autodiferente, de un campo de investigaciones designadas como *literarias* deriva fundamentalmente del convencimiento de que el punto de más intenso interés teórico de este tipo de investigaciones resulta de preguntarse, de seguir preguntándose, qué *le* hace la literatura a la cultura que la nombra y la estabiliza, antes que de disolver o ahogar la cuestión en la marea de transformaciones culturales efectivas que modificaron las formas tradicionales de producción, circulación y consumo de la literatura. No se trata, por supuesto, y queda clarísimo en su argumentación, de una defensa trasnochada de la ilusoria especificidad de la literatura, ni del retorno a una valoración estética, especulativa, del objeto literario. “... lo que llamamos campo *clásico* –afirma Dalmaroni– tiene poco que ver con un ademán anti-actualista o con un dandysmo retrogresivo [...] es más bien un modo de identificación y construcción de temas–problema (antes que un sumario de temas) y un modo de vinculación de la investigación literaria con las teorías y con los saberes en general (antes que la adopción de una teoría).” (p. 69) Se trata de una perspectiva sustentada en la vuelta o el giro –diría, para retomar los términos de dos lecturas recientes que se ajustan a estos modos–, mejor aún, en la insistencia, discreta pero irrefrenable, de ese resto teórico, suplementario, que es el corazón activo de la investigación (de la escritura) literaria. Creo que la gran lección del libro de Dalmaroni –una lección indirecta, que no alecciona porque se transmite casi sin deliberación alguna de su parte– es haber cumplido con el desafío que propone Paul De Mann: el que afirma que, dado que la resistencia a la teoría es una dimensión inherente al pensamiento crítico, el auténtico debate que afronta este pensamiento es siempre con sus propios supuestos y posibilidades metodológicos.